

# Carmen

— Del libro en prensa: *Cromos*. Envío del autor —

Sentados en los bancos del quiosco, tomaban el fresco varios amigos, artistas de buena pasta.

—Ayer noche casó Carmen Hernández,—dijo Mario, periodista de nerviosas actividades, y como tal, bravo cazador de noticias.

Y para recordar sonrosados días de su juventud:

—Voy a contaros...

—Una historia? Preguntaron sus compañeros, a una.

—Sí. Escuchad:

En noviembre de mil novecientos veinte, finalizaron en el Seminario las clases del año escolar. Los alumnos del internado, por remate candorosos y tímidos, partimos alborozados a disfrutar del asueto, ávidos de luz y salud, y sobre todo, de libertad.

Rápido, tarareando un aire de villanico, tomé el tren camino de mi casa de provincia. Yo iba con bastón; llevaba los bolsillos provistos de cigarros de papel, y un equipo soberbio: dos camisas hechas un ovillo, envueltas en periódicos. Así, viajero para rato y seminarista para poco, me recibieron, alegres, dadivosos mis padres. Vinieron con el rodar de los días, las presentaciones que hacen las madres del hijo que regresa a sus brazos después de larga ausencia. Entre algunas nuevas amigas conocí a una vecinita llamada Carmen: la muy adorable joven que se desposó ayer noche.

La familia de D. José Hernández,—así el nombre del padre de Carmen—y la mía, juntas marcharon al campo a pasar una corta temporada veraniega. Felicidad!

Toda llena de suaves armonías la mañana. Estábamos en el predio, Carmen y yo. El ganado pacía en los rastrojos. Atada a un naranjo desmochado, nos miraba una vaca de ubre amapolada. Y admirábamos la naturaleza. Los anonos, con sus sazonados frutos; los mangos húmedos bajo la ablución matinal; los granados, de flores entreabiertas, aderezadas de rocío, y de ramas fuertes en donde se adivinaba el ardor de la savia del trópico; las abejas que discurrían en ramilletes, de enredadera en enredadera, de tronco en tronco, en busca de miel, ¡oh Maeterlinck!; las sombras viajeras proyectadas por altas nubes; la algarada jocunda de los pájaros, en suma, que surgía de los nidos, de las fuentes, del aire; y arriba el vasto cielo donde ha puesto Dios tanta magia y tanto hechizo.

En el arbolado Carmen se subía a los nisperos. A veces, arrellanada en frondas propias como para troncos de reinas campestres, rompía a cantar. Frecuentemente se columpiaba mostrando sus pantorrillas cubiertas de medias de seda, sujetas con ligas que imaginara David, el pintor. Ella, satisfecha de sus melindres, sacudía con inquietud, su cabecita, y sobre la frente, le caían, opulentos, los cabellos dorados.

No muy lejos se veía blanca, blanca, nuestra casa, rodeada de orquídeas y de grupos de lilas.

Hecho un Romeo, en aquella ocasión la declaré mi afecto, con palabras trémulas. Los dos juntos y solos. Y sin perfrasis:

—Te quiero!

Y en la posesión de su coquetería:

—Bah!

Tomé sus manos de alabastro entre las mías. Manos que soñé eternamente mías! Mi amada temblaba de miedo y de amor. Volaban mariposillas sobre rosas abiertas. Pasó una onda de perfume enamoñado.

Ella, con un extraño mohín, cruzando el índice sobre los labiecitos purpurados:

—Chito...!

Todo se hizo cóncavo, para oír.

Y señalando a un lugar, observó:

—Mira...

Tras un tronco que tenía una cimera de helechos, hubo breves estremecimientos de hojas.

—Hum!

—Santo Dios!

Nuestros padres nos miraban a la husma; nos atisbaban cautelosa, infamemente. Con el rostro enrojecido, corrimos azorados, por veredas y ribazos, salvando zanjas, hasta llegar a un paraje distante. Nuestros corazoncillos saltaban como gorriones en peligro.

Sin embargo, ¡cuán dichosos!

Tiempos idos! Tiempos lindos!

Reminiscencias perfumadas: ¡qué tormento!

Transcurrió una semana. Y otra y otra. Crecieron nuestras ambiciones. Ansias locas y sagradas nos revelaron el secreto que, transmutado en música, se dicen los pájaros en el móvil regazo del nido. Mi adorada me dió valor. Vino el compromiso matrimonial. Era tiempo. Enterados nuestros padres, consintieron en la boda de muy buen grado. El desposorio se debía efectuar el quince de febrero de mil novecientos veintiuno.

Llegó la fecha esperada.

Un palacio era el domicilio de Carmen por su pompa y engalanamiento. Los corredores, enguirnaldados con ramos de claveles y espárrago. El piso, con alfombras color de malva y gualda. Aquí acuarelas; allá figuras, caprichos, tapices con asuntos de Chardin: acullá

trípodes con guarías en flor o palomas de armiño, disecadas.

En el patio, bajo un pabellón, los músicos afinaban violines y violoncelos. Por doquier, damas de cuerpos esbeltos; fulguración de joyas y reverberaciones áureas; ojos que a la luz rubia de las arañas son inefables.

Efluvios de ilusión y ensueño, enviaba la noche.

El cura, ¡oh singularidad!, con barba y mostachos renegros, repartía saludos a los invitados que formaban corrillos. Los sirvientes se codeaban y secretaban.

Por todas partes sonrisas y miradas maliciosas...

La causa? A decir verdad, yo la ignoraba.

Mi suegra, muy complaciente, ora atendía a la concurrencia, ora daba órdenes a los criados.

Las ocho de la noche. Comienzos de la fiesta.

La orquesta preluvió la marcha nupcial de Lohengrin: fa, si, si, si...

.....  
.....  
.....  
.....

Atravesamos pasillos y aposentos encaminándonos a la sala destinada para la ceremonia. Carmen, del brazo del representante de mi suegro, (éste no aparecía), iba bella como una alba de mayo, la faz divinamente dulce, la cabeza hierática, con el cariño en los ojos encantadores de frescura, de gracia, y toda ella realzada por el velo de novia sembrado de azahares, como su alma de ternuras. Seguía el respetable séquito de padrinos e invitados, entre quienes iba pálido, nervioso de felicidad, el novio: este servidor...

El señor párroco se preparaba a la delicada misión, cuando...

Ajo! —cómo decía Ibero.

Mi suegra, avanzando con la majestad de un buque de guerra, exclamó:

—Basta, basta! Venga mi muchachita!

Y tomando a Carmen por los brazos, la levantó en vilo estrechándola contra su pecho, y se alejó despacio la muy tudenta con una sonrisita maligna.

La boda no se podía efectuar.

—¿Por qué la imposibilidad del enlace?—preguntó uno de los que oían esta historia.

—Ay! amigo mío! Si Carmen, truenos!, frisaba en los doce abril...; y yo, bendito sea Dios, en las trece primavera!

Y después de una gran fuga de risas: —Y tú?—observó el más joven agitando con ambas manos su florida melena de gallardo garzón.

—Yo salí a escape—repuso Mario;— loco, sin rumbo; avergonzado.

—Qué diría entonces el párraco?—inquirió otro, con incisiva curiosidad.

—El cura, el cura, pobre de mí! cabeza de chorlito. Era nada menos que el gánapiro de mi suegro: el ausente...!

La risa de aquellos amigos fué estrepitosa; y el corazón de Mario, cicatrizado ya, tornó a sangrar.

Carlos Jinesta

Costa Rica, 1932.

## DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,  
oídos, nariz y garganta.

HORAS DE OFICINA:

10 a 12 de la mañana  
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades